

ORTEGA Y GASSET Y LOS CATALANES



Andreu Navarra

ORTEGA Y GASSET
Y LOS CATALANES

Prólogo de
Ignacio Peyró

fórcola
Señales

Señales

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

«José Ortega y Gasset», estarcido de Damián Flores

© Andreu Navarra, 2019

© Del prólogo, Ignacio Peyró, 2019

© Fórcola Ediciones, 2019

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-15341-2019

ISBN: 978-84-17425-37-1

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

PRÓLOGO

La conversación hispánica

Ignacio Peyró

LA PRODUCTIVIDAD de Andreu Navarra tal vez constituya un reproche para quienes nos dedicamos a escribir, pero –de sus investigaciones sobre el anticlericalismo a su reciente biografía de Eugenio d’Ors– esa fecundidad es una noticia feliz para la materia que mejor nos puede ayudar a conocernos: la historia intelectual de las Españas.

Si a su rendimiento se le añade su juventud, la felicidad es completa: es mucho lo que podemos esperar de Navarra en los tiempos venideros. Ante todo porque, demostrado que no le falta diligencia, a Navarra tampoco le falta coraje: en apenas dos libros –este volumen orteguiano y la citada vida del «Pantarca»– ha tratado a las dos presencias intelectuales de mayor influencia en, como mínimo, la primera mitad del siglo xx español, con su proyección tanto en la historia política como en la opinión pública y la invitación a cartografiar las fuentes de debates que llegan hasta hoy. Debo decir que, en tiempos de prima al activismo, Andreu Navarra aborda su labor de historiador con la garantía del rigor de las lecturas y con una virtud hoy desprestigiada: la ecuanimidad. Una aproximación que puede incluir el respeto y el afecto hacia la época y los caracteres que estudia, pero que tendrá el reposo, la madurez y el respeto a la complejidad de la historiografía mejor. Es prueba de ello, por ejemplo, que en este *Ortega y Gasset y los catalanes* Andreu Navarra haya resistido la tentación casi invencible de traer el debate de antaño a nuestra actualidad, y ahí cabe agradecerle la elegancia con que la exposición y el encuadre de los hechos, siempre

con su apoyatura textual, deja libertad al lector para sacar sus propias conclusiones.

Otra prueba del rigor –y de la originalidad del libro– radica en la fidelidad a su título. De la inspiración en Costa a la República, ciertamente, en *Ortega y Gasset y los catalanes* se nos da la evolución del pensamiento del filósofo ante la cuestión catalana, que ha sido y es siempre la cuestión española, pero resultan asimismo de interés fundamental tantas *rozaduras* con lo catalán de Ortega como aquí se tratan. Pienso en las páginas dedicadas al trato con Pla, por ejemplo, o con Alexandre Plana, y, ante todo, en unos encuentros y desencuentros con Cambó, que, llegados los años treinta, tendrían una honda repercusión hispánica, y que aquí se cuentan magníficamente. Singular relieve tienen los tratos con D’Ors, más fluidos de lo que podría hacer pensar una tradición de antagonismo. Aparece aquí el Ortega estudiado por Ferrater Mora, el criticado por cierta opinión católica o el desarrollado, también desde el catolicismo, por su discípulo Julián Marías, cuyos escritos sobre Cataluña han merecido atención estos últimos años y que Navarra comenta por extenso en un libro que, sin embargo, también merece alabanza por lo compacto, por su vocación de consulta. Tras leerlo, nos choca –y esta sensación es mérito del autor– que no existiera antes: al fin y al cabo, hablamos de la actitud del gran pensador nacional ante el gran problema nacional.

Ortega y Gasset y los catalanes da testimonio de un momento de viveza en la conversación hispánica que, como las cartas cruzadas entre Unamuno y Maragall o los encuentros Pla-Delibes, tiene algo de «convivencia de angustias», pero también de cercanía intelectual y sustrato de afecto entre lo que podríamos llamar el polo castellano y el polo

catalán. Como escribe Ortega, se trata de «ir hasta el Ebro [...] y esperar a que Uds. [...] desciendan hacia la otra orilla y nos pongamos al habla con ese mismo deseo de entendernos mutuamente».

Hay unas melancolías de la historia –pienso en el ideal iberista– y unas grandilocuencias proyectistas que, si bien han dado solemnidad a este diálogo hispánico, parecen haber soslayado el entendimiento simple, diario, de la convivencia, pese a todo, bajo el haz de intereses prolongado en el tiempo que es el Estado nación: hoy como ayer, es una irresponsabilidad hablar en Barcelona de Madrid como si fuera Marte y al revés. Es llamativo, en todo caso, cómo –tanto desde el catalanismo como desde el poder central– empieza a asumirse en el primer tercio del siglo xx que España es algo que ha de definirse y gobernarse a través de un entendimiento de Madrid y Barcelona, o –más atinadamente– de las elites gubernativas de Madrid y Barcelona. Bien contada en su génesis en este libro, es una percepción que ha tenido recorrido –en realidad– hasta bien entrado nuestro siglo: si en los ochenta, Pujol era «español del año» para *ABC*, en 2012, el nacionalismo todavía salvaba sus presupuestos en Cataluña con el apoyo del gran partido del centroderecha español. Dentro del ámbito catalán iba a haber el pragmatismo del «peix al cove», como en Madrid se iba a necesitar de ese mismo pragmatismo para apuntalar gobiernos. A la vez, esa tensión creativa Madrid-Barcelona podía conllevar una «dignificación de la ciudadanía», como en efecto supuso el Estado autonómico. El catalanismo hacía su aportación hispánica por «l'Espanya gran». Y hasta el centroderecha madrileño abrazaba el vaciamiento de las competencias estatales tanto por honrar la lealtad constitucional como por la convicción, un punto voluntarista, de que la descentralización estaba en línea con las propuestas conservadoras del Estado subsidiario y las

liberales de gobierno limitado pero cercano. Dicho de otra manera, Madrid –metonimia del Estado– también se vio dinamizado, electrificado, por el catalanismo. Ahora que esta mecánica de entendimiento se ha desactivado, que al menos nadie nos diga –a los hijos del 78, me refiero– que no fue viable, que no fue positiva, que no funcionó. Que nadie sea injusto con los momentos que vivimos en una España más fraterna que trágica. Si me perdonan la ñoñez –pero qué es un país sino este entrecruzar de sentimentalidades–, quienes fuimos niños madrileños en Barcelona’92 sabemos que hubo ilusión y no sólo *conllevancia*.

En la larga cocción de un desengaño que le llevaría a fundar Esquerra, el militar de carrera Francesc Macià proclama, al abandonar su escaño en las Cortes –retomado más tarde–, que «no hay ninguna fuerza humana que pueda salvar a España». Lo llamativo es que el futuro no está escrito y sí la hubo, aunque para eso hubiera que esperar: no podemos leer este libro sin el escalofrío preventivo de pensar que ahí detrás, al cabo de tantas conversaciones, esperaban los años treinta, el paso de la intransigencia a la violencia vía la conculcación de la ley; tanta sangre derramada, y el largo silencio del franquismo.

Y, sin duda, del 78 a esta parte, el programa catalanista ha conocido sus éxitos: nadie puede decir que los poderes de Madrid, del Estado central, sean hoy los mismos que en el 77, pongamos, y en ese justo despojamiento hubo una convicción generosa. Hubo, de siete ponentes constitucionales, dos catalanistas. Nunca ha habido, como reclamaba Gaziol, mayor «reconocimiento y respeto de las diversidades peninsulares». Campalans pedía, como recuerda Navarra, un «ideal catalán»: «que nosotros seamos regidos y administrados en nuestra lengua». Bueno, eso es algo que, por incómodo que resulte, se consiguió ahora. Sí, es una ironía: hay motivos para pensar que la vieja aspiración catalanista

cuajó en realidad en estas décadas, si bien no está mal traer aquí las palabras de Juan Claudio de Ramón: con el catalanismo «se predica un encaje en España al tiempo que nunca se permite pensar, aunque haya motivos para ello, que el encaje ya se ha producido. Ulises no debe llegar a Ítaca; Penélope ha de seguir tejiendo. El catalanismo parece más el noventayochismo propio de Cataluña que el movimiento regenerador que a veces se teoriza». Una pregunta: ¿y si la España del vilipendiado 78 permite más diversidad interna que la Cataluña que algunos proponen?

Cumplido o no, el ideal catalanista parece ya una pantalla superada: con la mezcla de «ligereza y ferocidad» que vio Burke en todos estos movimientos, hemos traicionado la concordia en la que nacimos. Es posible que la devastación de un tuit pueda hoy más que todos los seminarios, jornadas y ensayos, pero para algunos seguirá siendo un deber ahondar en la hermandad hispánica que nos ha dado no el mero coexistir, sino el vivir juntos. También por eso es importante este libro y –sin duda– por eso me honra ponerle, por modesto que sea, este prólogo. De momento, ya nos iría bien con algo más de esa *conllevancia* al modo orteguiano.

Ortega y Gasset y los catalanes

Un desembarco

EL SÁBADO 22 de marzo de 1930, a las 12:55, llegaban procedentes de París dos eminentes escritores madrileños a la barcelonesa estación de Francia: José Ortega y Gasset y Ramón Gómez de la Serna. Habían viajado juntos, y juntos habían cambiado de tren en Portbou. Los esperaban, para recibirlos como merecían, tres grandes de la cultura catalana: el librero y editor Antoni López Llausàs, Joan Estelrich, hombre de Cambó para cuestiones culturales, y el periodista y escritor Carles Soldevila.

La invitación enviada desde Barcelona se conserva en el archivo personal de Ortega y Gasset. Ésta fue cursada el 13 de marzo de 1930¹.

Fue una suerte que Ortega pudiera ir, porque los periódicos insistían en que seguía enfermo y en que no iba a poder viajar. Últimamente, Estelrich estaba muy ocupado organizando el banquete de homenaje a los intelectuales castellanos que iba a tener lugar en el hotel Ritz el 23 de marzo. Un acto al que iban a acudir más de doscientos asistentes, entre personalidades invitadas y del país.

El domingo 23, muy de mañana, llegaron Gregorio Marañón y Ángel Ossorio y Gallardo. Los esperaba una multitud agolpada en torno al apeadero del Paseo de Gracia. Esta vez, la delegación de notables catalanes era mucho más nutrida. Esperaban al médico y al político el incansable Joan Estelrich, director de la Fundació Bernat Metge; el historiador y jurista Ferran Valls i Taberner; López Llausàs y

¹ Signatura topográfica C-103/34.

Carles Soldevila; Antoni Maria Sbert, que había destacado mucho en la oposición a Primo; Pompeu Fabra, el normativizador del idioma; el genial periodista Gazieli; el abogado y político Amadeu Hurtado; el socialista Campalans; el alma cultural del Ateneo Barcelonés, Joaquim Borralleras; el periodista republicano Màrius Aguilar; el publicista Antoni Rovira i Virgili; el político y filósofo Lluís Nicolau d'Olwer; el ligero Pere Rahola; el pensador Pere Corominas; el poeta Josep Maria López-Picó y el prehistoriador Pere Bosch Gimpera, entre muchos otros.

El recibimiento fue sorprendente y ensordecedor. Los viajeros agasajados no salían de su asombro. La multitud acompañó a Ossorio y a Marañón hasta el hotel Ritz, y una vez allí exigió comparecencias y parlamentos en alguno de los balcones. La multitud gritó, enfervorecida: «¡Vivan los representantes de la democracia española!», «¡Viva la ciencia española!». Marañón ya era conocido en la ciudad de Barcelona, puesto que había asistido a Enric Prat de la Riba en 1917. En torno a Marañón se había formado una auténtica manifestación. De todas partes va llegando más y más gente. Al balcón salen, primero, Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, Azaña, Pittaluga, Marañón y Ossorio. Éste deja claro, en su parlamento, que los manifestantes están homenajando «a la cultura, a la justicia y a la libertad». Se suceden los aplausos. Luego aparecen Menéndez Pidal y Américo Castro, que también son ovacionados (Pericay, 2013: 233-238). Los intelectuales castellanos se están dando un baño de masas en su llegada a la capital catalana, y ésta sería la tónica dominante durante los dos días siguientes.

La revista *Mirador* del 27 de marzo reproduce, en la portada, dos imágenes de las masas entusiasmadas que agasajaron a los intelectuales castellanos recién llegados a Barcelona. Son tomas realmente impresionantes, del Paseo

de Gracia y de la Plaça de Sant Jaume. En la segunda página, el acostumbrado artículo de Josep Maria de Sagarra, de la sección «L'aperitiu». La columna se centra en el arte de la oratoria, arte que, según Sagarra, que parece admirar sinceramente al filósofo madrileño, pero que nunca puede resistirse a soltar su ironía mordaz, Ortega domina como ningún otro español. Escribe Sagarra que Ortega «llega con su sistema a los efectos más mágicos a que puede llegar un orador español. Su oratoria tiene una fascinación sólo comparable a los mejores momentos de los mejores toreros del país».

El 8 de marzo de 1930, *La Vanguardia* ya había anunciado que se estaba preparando en Barcelona un banquete de homenaje a los intelectuales castellanos que respondía al acto de defensa del espíritu catalán que se había celebrado en Madrid hacía seis años. Había anunciado ya algunos de los nombres de los que iban a llegar: Ortega mismo, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala. Al final fueron muchos más, y acudieron a la cita Ramón Menéndez Pidal, Ramón Gómez de la Serna, Ángel Ossorio y Gallardo, Pedro Sáinz Rodríguez, Américo Castro, Enrique Díez-Canedo, Nicolás María de Urgoiti, Luis Bello, Fernando de los Ríos, Ernesto Giménez Caballero, José Castillejo, Álvaro de Albornoz, Julio Álvarez del Vayo, Joaquín Jiménez de Asúa, Luis Bagaría, José Antonio Sangróniz y Gustavo Pittaluga.

Ramón Menéndez Pidal, como director de la Real Academia de la Lengua, presidió el banquete. A su derecha se sentó August Pi i Sunyer, presidente de la Academia de Medicina de Cataluña. A su lado, Ossorio y Gallardo, presidente de la Academia de Jurisprudencia de Madrid; luego, Gregorio Marañón, presidente del Ateneo de Madrid; y los demás miembros de la mesa principal: Pere Corominas, presidente del Ateneu Barcelonès; Américo Castro y, finalmente, Ramon d'Abadal, decano del Colegio de Abogados

de Barcelona. Por la izquierda, el orden de los notables fue el siguiente: Pompeu Fabra, Ortega y Gasset, el filósofo Jaume Serra Húnter, Fernando de los Ríos, Pedro Sáinz Rodríguez, Lluís Nicolau d'Olwer, Ramón Pérez de Ayala y Gregorio Martínez Sierra. De la Lliga Regionalista se había designado a Lluís Duran i Ventosa y Joan Ventosa i Calvell; este último había sido ministro de Hacienda en un gabinete de concentración bajo García Prieto (1917). Cambó lo había pagado todo.

Ortega no habló durante ese banquete de manera improvisada. Sí improvisaron Giménez Caballero, Ossorio y Sáinz Rodríguez. En cambio, nuestro filósofo llevaba un guión en un papel. Habló de qué era un intelectual, y de la importancia de que intelectuales que pensaban diferente se reunieran en un ambiente de cordialidad. Ortega, a diferencia de otros, que fueron interrumpidos por vítores y aplausos, fue escuchado en absoluto silencio. Seguramente, fuera el mejor de los oradores presentes. Sagarra, que comentaría el episodio en su *Aperitiu*, lo sabía perfectamente porque lo había visto disertar sobre Costa en el Ateneo de Madrid (Pericay, 2013: 285).

Ortega dijo que ya iba siendo hora de incorporar el problema catalán a la arquitectura de la España del futuro. Esto no quiere decir que aceptara las reivindicaciones del problema catalán. Ortega viajó a Barcelona para mostrar un desacuerdo, de forma cordial. Y, a la vez, para reclamar que se escuchara a los catalanes. Ortega llevaba muchos años imaginando un programa de fortalecimiento peninsular. En esa reforma deseaba integrar a los regionalistas catalanes. Si bien Ortega no había disertado directamente en Barcelona, sí habían llegado sus textos, y sí había pedido informes sobre la vida cultural catalana, tal y como veremos. El encuentro de 1930 marcó la cumbre de la voluntad de diálogo entre Ortega y sus interlocutores catalanes.